



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 18 de abril de 1990

El Espíritu Santo y María, tipo de la relación personal entre Dios y todo hombre

Amadísimos hermanos:

Resuena en estos días el canto pascual del aleluya, de la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte.

Sí. ¡Cristo en verdad ha resucitado!

En este clima de renacimiento espiritual, os exhorto a dejaros penetrar por el Misterio de la Pascua, acontecimiento salvífico fundamental de nuestra fe cristiana. Ojalá que, así como ese misterio ilumina con renovado fulgor las vicisitudes de la vida y el camino de toda la humanidad, ilumine también vuestros corazones.

Jesús, el Resucitado, da la paz, da su Espíritu, principio de la vida nueva que conduce a los creyentes por el camino de la santidad.

Por esto, llenaos de gozo profundo “mientras alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas” (1 P 1, 9).

* * *

1. Ya hemos visto que de una correcta y profunda lectura del “acontecimiento” de la Encarnación destaca, junto con la verdad sobre Cristo Hombre-Dios, también *la verdad sobre el Espíritu Santo*.

La verdad sobre Cristo y la verdad sobre el Espíritu Santo constituyen el único misterio de la Encarnación, tal como nos es revelado en el Nuevo Testamento y en especial –como hecho histórico y biográfico, cargado de reconocida verdad– en la narración de Mateo y de Lucas sobre la concepción y el nacimiento de Jesús. Lo reconocemos en la profesión de fe en Cristo, eterno Hijo de Dios, cuando decimos que se hizo hombre mediante la concepción y el nacimiento de María “por obra del Espíritu Santo”.

Este misterio aflora en la narración que el evangelista Lucas dedica a la anunciación de María, como acontecimiento que tuvo lugar en el contexto de una profunda y sublime relación personal entre Dios y María. La narración arroja luz también sobre la relación personal que Dios quiere entablar con todo hombre.

2. Dios, que ha creado y mantiene en vida a todos los seres, según la naturaleza de cada uno, se hace presente “de un modo nuevo” a todo hombre que se abre y le acoge recibiendo el don de la gracia por el cual puede conocerlo y amarlo sobrenaturalmente, como Huésped del alma convertida en su templo santo (cf. santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q. 8, a. 3, ad 4; q. 38, a. 1; q. 43, a. 3). Pero Dios realiza una presencia aún más alta y perfecta –y casi única– en la humanidad de Cristo, uniéndola a Sí en la persona del eterno Verbo-Hijo (cf. santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q. 8, a. 3, ad 4; III, q. 2, a. 2). Se puede decir que Dios realiza una unión y una presencia especial y privilegiada en María en la Encarnación del Verbo, en la concepción y en el nacimiento de Jesucristo, de quien sólo Él es el padre. Es un misterio que se vislumbra cuando se considera la Encarnación en su plenitud.

3. Volvamos a reflexionar sobre la página de Lucas que describe y documenta *una relación personalísima de Dios con la Virgen*, a la que su mensajero comunica la llamada a ser la Madre del Mesías Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Por una parte, Dios se comunica a María en la Trinidad de las Personas, que un día Cristo dará a conocer más claramente en su unidad y distinción. El ángel Gabriel, en efecto, le anuncia que por voluntad y gracia de Dios concebirá y dará a luz a Aquel que será reconocido como Hijo de Dios, y que eso tendrá lugar por obra –es decir, en virtud– del Espíritu Santo, que descendiendo sobre ella hará que se convierta en la Madre humana de este Hijo. El término “Espíritu Santo” resuena en el alma de María como el nombre propio de una Persona: esto constituye una “novedad” en relación con la tradición de Israel y los escritos del Antiguo Testamento, y es un adelanto de revelación para ella, que es admitida a una percepción, por lo menos oscura, del misterio trinitario.

4. En particular, *el Espíritu Santo*, tal como se nos da a conocer en las palabras de Lucas, reflejo del descubrimiento que de Él hizo María, aparece como Aquel que, en cierto sentido, “supera la distancia” entre Dios y el hombre. *Es la Persona en la que Dios se acerca al hombre* en su humanidad para “donarse” a él en la propia divinidad, y realizar en el hombre –en todo hombre– un nuevo modo de unión y de presencia (cf. santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q. 43, a. 3). María es privilegiada en este descubrimiento por razón de la presencia divina y de la unión con

Dios que se da en su maternidad. En efecto, con vistas a esa altísima vocación, se le concede la especial gracia que el ángel le reconoce en su saludo (cf. *Lc 1, 28*). Y todo es obra del Espíritu Santo, principio de la gracia en todo hombre.

En María el Espíritu Santo desciende y obra –hablando cronológicamente– ya antes de la Encarnación, es decir, desde el momento de su inmaculada concepción. Pero esto tiene lugar en orden a Cristo, su Hijo, en el ámbito supra-temporal del misterio de la Encarnación. La concepción inmaculada constituye para ella, de forma anticipada, la participación en los beneficios de la Encarnación y de la Redención, como culmen y plenitud del “don de sí” que Dios hace al hombre. Y esto se realiza por obra del Espíritu Santo. En efecto, el ángel dice a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios” (*Lc 1, 35*).

5. En la página de Lucas, entre otras estupendas verdades, se encuentra el hecho de que Dios espera *un acto de consentimiento* de parte de la Virgen de Nazaret. En los libros del Antiguo Testamento que refieren nacimientos en circunstancias extraordinarias, se trata de padres que por su edad no podían ya engendrar la descendencia deseada. Desde el caso de Isaac, nacido en la avanzada vejez de Abraham y de Sara, se llega a los umbrales del Nuevo Testamento con Juan Bautista, nacido de Zacarías e Isabel, que también se encontraban en edad avanzada.

En la Anunciación a María sucede algo totalmente diverso. *María* se ha entregado completamente a Dios en la virginidad. *Para convertirse en la Madre del Hijo de Dios, no ha de hacer más que lo que se le pide: dar su consentimiento* a lo que el Espíritu Santo obrará en ella con su poder divino.

Por eso la Encarnación, obra del Espíritu Santo, incluye un acto de libre voluntad de parte de María, ser humano. Un ser humano (María) responde consciente y libremente a la acción de Dios: acoge el poder del Espíritu Santo.

6. Al pedir a María una *respuesta* consciente y libre, Dios respeta en ella y, más aún, lleva a la máxima expresión la “dignidad de la causalidad” que Él mismo da a todos los seres y especialmente al ser humano. Y, por otra parte, la hermosa respuesta de María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra” (*Lc 1, 38*) es ya, en sí misma, *un fruto de la acción del Espíritu Santo* en ella: en su voluntad, en su corazón. Es una respuesta dada *por la gracia* y *en la gracia*, que viene del Espíritu Santo. Pero no por esto deja de ser *la auténtica expresión de su libertad* de creatura humana, un acto consciente de libre voluntad. La acción interior del Espíritu Santo va orientada a hacer que la respuesta de María –y de todo ser humano llamado por Dios– sea precisamente la que debe ser, y exprese del modo más completo posible la madurez personal de una conciencia iluminada y piadosa, que sabe donarse sin reserva. Esta es *la madurez del amor*. El Espíritu Santo, donándose a la voluntad humana como Amor (increado), hace que en el sujeto nazca y se desarrolle el amor creado que, como expresión de la

voluntad humana, constituye al mismo tiempo la plenitud espiritual de la persona. María da esta respuesta de amor de modo perfecto, y se convierte, por eso, en el tipo luminoso de la relación personal entre Dios y todo hombre.

7. El “acontecimiento” de Nazaret, descrito por Lucas en el evangelio de la anunciación, es, por consiguiente, *una imagen perfecta* –y, podemos decir, el “modelo”– *de la relación Dios-Hombre*. Dios quiere que, en todo hombre, esta relación se funde en el don del Espíritu Santo, pero también en una madurez personal. En los umbrales de la Nueva Alianza, el Espíritu Santo hace a María un don de inmensa grandeza espiritual y obtiene de ella un acto de adhesión y de obediencia en el amor, que es ejemplar para todos aquellos que son llamados a la fe y al seguimiento de Cristo, ahora que “la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros” (Jn 1, 14). Después de la misión terrena de Jesús y después de Pentecostés, en toda la Iglesia del futuro se repetirá para cada hombre la llamada, el “don de sí” de parte de Dios, la acción del Espíritu Santo, que prolongan el acontecimiento de Nazaret, el misterio de la Encarnación. Y siempre será necesario que el hombre responda a la vocación y al don de Dios *con aquella madurez personal* que se ilumina con el “fiat” de la Virgen de Nazaret durante la Anunciación.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Doy mi más cordial bienvenida a este encuentro a todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos Países de América Latina y de España. En particular, saludo a los numerosos grupos de jóvenes de diversos Colegios e Institutos españoles, a quienes exhorto a mantenerse siempre fieles a la fe cristiana, dando testimonio de ella en sus ambientes de estudio y de trabajo.

Igualmente saludo a las peregrinaciones de México, cuyo País, con la ayuda de Dios, tendré el gozo de visitar el próximo mes de mayo, mes de la Virgen.

Con mi más entrañable felicitación pascual, en la alegría del Señor Resucitado, imparto a todos la bendición apostólica.
